

Entrevista difícil y páginas perdidas

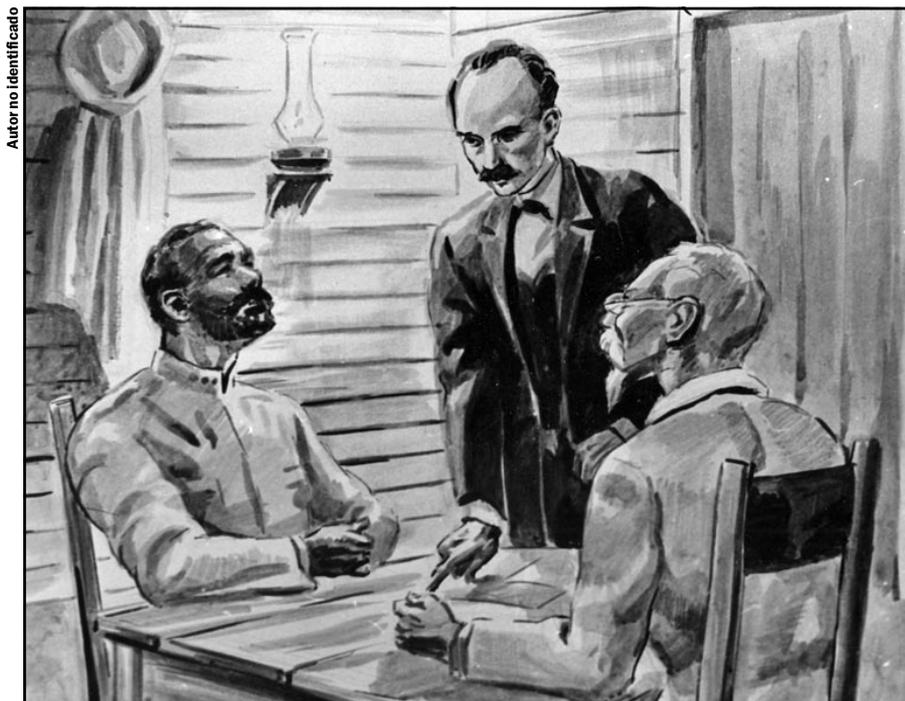
Las contradicciones son propias de las obras humanas, en especial quizás de las extraordinarias, como la reunión en La Mejorana

Por **LUIS TOLEDO SANDE***

EN el Séptimo Congreso Nacional de Historia (La Habana, 1948) el serio estudioso Manuel Isidro Méndez, no tan recordado hoy como merece, presentó la ponencia *Acerca de “La Mejorana” y “Dos Ríos”*, que se publicó en 1954. En ella deploró que existieran “suposiciones impropias” y “versiones infundiosas” sobre los hechos que han dado celebridad a los sitios mencionados: la entrevista de José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo el 5 de mayo de 1895 –tema de este artículo– y la caída en combate del primero de ellos 14 días después, respectivamente.

Sobre esos acontecimientos no proceden conjeturas como las reprobadas por Méndez en su texto, que en edición más reciente aparece en el primero de los dos tomos de la recopilación sobre Martí que la Casa de las Américas publicó en su serie *Valoración Múltiple*. Dicho volumen lo preparó el autor de este artículo, quien había tratado lo relativo a La Mejorana en el examen –incluido en su libro *Ensayos sencillos con José Martí* (2012)– sobre la presencia de Maceo en el *Diario de campaña* martiano, y ahora, lejos de todo afán exhaustivo, resume aristas básicas del tema.

El centro de la entrevista giró en torno a la organización de lo que debía ser el gobierno de la República en armas, y corroboró discrepancias que existían al respecto. Martí, en su *Diario*, testimonia que las planteó en particular Maceo. En este no habían calado como en Gómez las ideas martianas dirigidas a evitar que se repitiesen las contradicciones que condujeron al ahogo de la Guerra de los Diez Años y al Pacto del Zanjón. Para impedir tal asfixia no bastó la heroicidad con que Maceo y sus más fieles seguidores quisieron revertirla en Baraguá, como en otros sitios



Autor no identificado

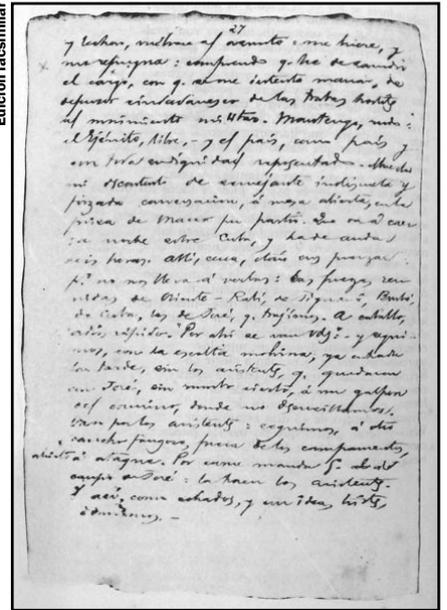
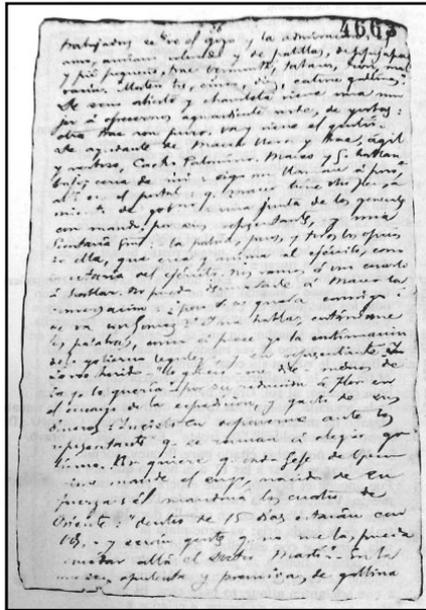
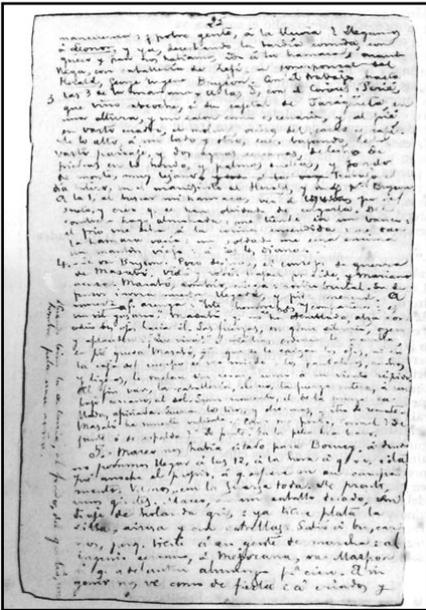
El centro de la entrevista giró en torno a la organización de lo que debía ser el gobierno de la República en armas, y corroboró discrepancias que existían al respecto.

intentaron hacer Ramón Leocadio Bonachea y los suyos.

Aunque sin pretender aquí el detenimiento del aludido examen del articulista sobre el desencuentro de La Mejorana, es necesario tener en cuenta algunos hechos. Uno de ellos concierne al disgusto de Maceo desde que Martí –por la información a su alcance, y con la certidumbre de que aquel era imprescindible en la guerra– se había visto obligado a confiar a Flor Crombet el mando de la expedición en que el Titán se trasladaría de Costa Rica a Cuba. Los sucesos se cruzaban con un problema de fondo: las diferentes concepciones sobre la organización de la guerra. Decidido a superar tanto el civilismo como el militarismo –tan nocivos en la anterior gesta–, Martí planeaba una Asamblea de representantes de las masas insurrectas, concepción

democrática y renovadora que sería difícil entender entonces.

Al dirigente que había buscado dar estructura institucional, libre de caudillismo, a la autoridad patriótica, incluso la suya –afán del cual nació el Partido Revolucionario Cubano–, las discrepancias confirmadas en La Mejorana le ratificaron la urgencia de reunir con el mayor cuidado no una junta de enviados de los jefes, sino la Asamblea que él proyectaba. Hacia ella se dirigía cuando murió, tragedia por la cual la reunión ya no sería como él la había planeado. Pero nadie en La Mejorana tenía prerrogativas para decidir que él abandonara el terreno de operaciones, como han sostenido algunas de las conjeturas propaladas. Maceo, que reaccionaba contra pasados excesos de civilismo, aspiraba a “una junta de los generales con mando”.



En su *Diario de campaña* Martí narró los sucesos de La Mejorana entre las líneas finales del folio 25 y la totalidad del 27, donde se aprecia que redondeó su relato sobre los sucesos de esa fecha.

Lo que dijo sobre quiénes representarían, en la Asamblea que se gestaba, a las tropas bajo su jefatura, lo recogió Martí en su *Diario*: “él mandará los cuatro de Oriente: ‘dentro de 15 días estarán con Vds.–y serán gentes que no me las pueda enredar allá el doctor Martí’”.

Para que la patria no parase en ser una “secretaría del ejército”, Martí procuraba una solución política superior: “Mantengo, rudo: el Ejército, libre,–y el país, como país y con toda su dignidad representado”. En sus palabras se aprecia que lo hizo saber durante el intercambio aparte en que parece haber comenzado entre él y los dos generales el debate, extendido luego a la vista de las tropas: “Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir”.

No escatimó precisión sobre cómo valoraba los hechos ni sobre sus conceptos: “En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar”. No es la persona de Maceo –como a veces se ha interpretado ese pasaje– lo que hiere y repugna a Martí, sino *el asunto* en discusión: el cargo con que se le intenta marcar errónea, injustamente.

La pérdida de cuartillas de su *Diario* ha dado pábulo a especulaciones, y se ha soslayado que ese texto no está escrito en un cuaderno, sino en pequeños pliegos sueltos, sencillos o doblados al medio. Por tanto, era fácil que algunos de ellos se extraviaran o alguien los sacara de su sitio, máxime tras la muerte del autor.

En el original se nota que el propio Martí numeró las cuartillas. Extraviadas cuatro de ellas –de la 28 a la 31, tal vez dos hojas independientes o, lo que facilitaría aún más la pérdida de todo lo escrito sobre el 6 de mayo, una sola hoja doblada–, se produjo un salto del 5 al 7 de mayo, y este día aparece relatado en papel diferente. Cualquiera que haya sido el destino de las páginas perdidas –y sin dejar de lamentar su extravío o sustracción, ni renunciar al deseo de que algún día aparezcan–, nada obliga a creer que en ellas Martí retomó amarguras del 5 de mayo, sobre las cuales fue rotundamente claro en la reseña de esa fecha. De haberlo querido, pudo haber añadido algo más en el espacio libre que le quedó al final.

Después de las cuartillas perdidas, el inicio de la 32 coincide con el del relato del 7 de mayo, fecha escrita por el propio Martí. Tratándose de un diario, es razonable considerar que las páginas perdidas tratarían sobre los hechos del 6, y no tenían por qué ser más enojadas o tristes que las del día anterior.

En este punto es pertinente ver cómo Gómez cuenta en su *Diario* lo ocurrido el 6: “al marchar rumbo hacia Bayamo, confusos y abismados con la conducta del general Antonio Maceo [el día anterior], tropezamos con una de las avanzadas de su campamento de más de dos mil hombres y fuerza nos fue entrar. El General se disculpó como pudo, nosotros no hicimos caso de las disculpas como lo habíamos hecho del desaire y nuestra amarga decepción de la víspera quedó curada con el entusiasmo y respeto con que fuimos recibidos y vitoriatos [sic] por aquellas tropas”.

Esa acogida de Maceo con sus tropas a Gómez y Martí habría sido el tema natural de las hojas perdidas del *Diario*. Pero lo que para Martí significó el imprevisto encuentro del 6 está relatado eufóricamente en su carta de tres días después –dirigida a Carmen Miyares y los hijos de esta–, en la cual exclama: “¡Qué lleno de triunfo y de esperanza Antonio Maceo!”.

¿Será necesario insistir en que Martí no cocinaba rencores? Su resumen del 5 en el *Diario* se ve bien meditado, y muestra una estructura narrativa que hace pensar en una síntesis redonda y ya con más reposo que ira o enojo. Con respecto a lo sucedido el 6, tendría la satisfacción del nuevo encuentro con Maceo. No es necesario ceder a la tentación de lucubraciones delirantes.

*Doctor en Ciencias Filológicas.